

Es notable que en una y otra nacion se apelaba, para excitar el resentimiento popular, á relaciones exageradas, que entre los hombres sensatos pasaban por cuentos é invenciones, de crueldades ejercidas, de un lado por los cruceros españoles, del otro por los contrabandistas ingleses. El parlamento de Inglaterra se había rebajado hasta el punto de admitir á la barra al capitán de un buque contrabandista llamado Jenkins, y de escuchar el relato que hizo de cómo había sido apresado por un guarda-costas español, y que entre otros tormentos que le había hecho sufrir, fué uno el de cortarle una oreja, diciéndole: «anda, y ve á enseñarla al rey tu amo.» Y á su vez el monarca español en su manifiesto, entre otros hechos, citaba el de un capitán inglés que habiendo cogido á dos españoles de categoría, y no pudiendo lograr la suma que por su rescate exigía, cortó á uno de ellos las orejas y la nariz, y con un puñal al pecho le quiso obligar á tragárselas. Estas ridículas fábulas de las cortaduras de orejas, de que se burlaban las gentes sensatas, servían grandemente para concitar las pasiones del vulgo de uno y otro pueblo (1).

De todos modos, sabida en Londres la contestacion de Felipe, ya el ministro Walpole no pudo resistir al torrente del clamor público, y el rey Jorge hizo aparejar una escuadra numerosa, dió cartas de represalias contra España, mandó embargar todos los buques mercantes que estaban para darse á la vela, envió refuerzos á la flota del Mediterráneo, levantó nuevas tropas, y nombró á Vernon almirante de la armada destinada contra las Antillas españolas. Publicóse en fin una formal declaración de guerra (23 de octubre, 1739). Londres la celebró con entusiasmo, se echaron al vuelo las campanas de todas las iglesias, una inmensa muchedumbre acompañaba los heraldos, y por todas partes se oían frenéticas aclamaciones. Parecía que de esta guerra pendía la salvacion de la Gran Bretaña, y los especuladores se regocijaban con la expectativa de los tesoros que iban á traer de las minas del Perú y del Potosí.

Mas tambien hacia muchos años que los españoles no habían entrado tan gustosos y tan unánimes en una guerra como en esta ocasion. Monarcas, ministros pueblo, todos de conformidad la consideraron como una lucha nacional, en que se interesaban á un tiempo la justicia, los intereses y el honor del rey y del Estado. El rey, vistas las buenas disposiciones de sus súbditos, dedicóse á buscar recursos para la guerra: se suspendieron las pensiones, se disminuyeron los intereses de la deuda, se suprimieron los dobles sueldos, se rebajaron los de los militares y marinos, se hicieron grandes reformas económicas en la casa real, se acordó aplicar al erario los fondos depositados en los monasterios por particulares, señalándoles un módico interés, cuyas sumas se calculaba que producirían cien millones de reales al año. Dió la feliz casualidad de que arribara oportunamente la flota de América con pingües caudales, acertando á burlar la vigilancia de las naves inglesas que intentaban darle caza. Con esto, y en tanto que los franceses amenazaban un desembarco en las costas de Inglaterra, obligando á esta nacion á tener una flota considerable en observacion de sus movimientos, multitud de armadores españoles salieron en corso de todos los puertos de España, y cruzando atrevidamente los mares, en poco tiempo apresaron crecido número de barcos mercantes ingleses. Asegúrase que á los tres meses de publicadas las represalias ya habían entrado en el puerto de San Sebastian diez y ocho presas inglesas y que antes de un año una lista que se remitió de Madrid y se publicó en Holanda hacia ascender el valor de las presas hechas á 234,000 libras esterlinas (mas de 23,000,000 de reales).

Creció con esto la animadversion y se encendió el deseo de venganza del pueblo inglés. Dirigiáanse principalmente los planes de Inglaterra contra las posesiones del Nuevo Mundo. La escuadra de Vernon atacó y tomó á Portobelo (22 de noviembre, 1739), cuya noticia se celebró con gran júbilo en Inglaterra anunciándola con todas las trompetas de la fama.

(1) Anales de Europa para 1739.—Historias de Inglaterra.—Memorias de Walpole.

Pero no merecía ciertamente tan universal regocijo, porque léjos de corresponder el fruto á los gastos de tan poderoso armamento, todo lo que cogió Vernon en aquella plaza fueron tres pequeños barcos y tres mil duros en dinero: todo lo demás había sido retirado de la poblacion. Tampoco abatió á los españoles aquella pérdida: al contrario, resonó por todas partes un grito de venganza contra los ingleses; mandóse por un real decreto salir de España á todos los súbditos de Inglaterra; imponíase por otro pena de la vida á todos los que importasen mercaderías de aquella nacion, ó vendieran á los ingleses frutos de España ó de sus colonias.

Las potencias de Europa permanecieron espectadoras neutrales de una lucha que sin causar á España el daño que podía temerse estaba consumiendo las fuerzas de Inglaterra. Tratóse de formar en la península española tres campos, uno delante de Gibraltar bajo la direccion del duque de Montemar, otro en Cataluña amenazando á Mahon, á las órdenes del conde de Mari, y el tercero en Galicia á las del duque de Ormond para intentar un desembarco en Irlanda (1740). Alarmados los ingleses con estos planes, formaron ellos el de enviar una flota con el designio de quemar nuestros navíos surtos en el puerto del Ferrol. Encomendóse esta empresa al caballero Juan Norris, habiendo de acompañarle como voluntario el duque de Cumberland. Pero los vientos contrarios y otros accidentes imposibilitaron la expedicion y frustraron las esperanzas que habían concebido de esta jornada. Pudo con esto salir desembarazadamente para América una escuadra mandada por Pizarro, que se decia descendiente del gran conquistador del Perú.

Tambien los ingleses, habiéndoles fallado su empresa contra Galicia, enviaron dos meses despues una formidable escuadra de veintium navíos de línea y otras tantas fragatas con nueve mil hombres de desembarco á las Indias Occidentales, objeto preferente de su codicia y de su anhelo. Esta escuadra había de incorporarse á la de Vernon. Y casi al mismo tiempo el comodoro Anson salió con otra escuadrilla para cruzar las costas del Perú y Chile. Mucho tiempo hacia que no se había visto partir de los puertos de la Gran Bretaña una armada tan numerosa y tan bien provista: lleno de las mas lisonjeras esperanzas quedaba el reino: pensábase comunicar á España con el Nuevo Mundo, y reducirla á términos mas pacíficos y humildes privándola de los tesoros de América. Pero aquella nacion, que tanto solía criticar la lentitud española, anduvo tan lenta en sus preparativos que dejó pasar la buena estacion, y había dado tiempo á los españoles para fortificar las plazas y prepararse á la defensa. La escuadra llegó á la costa de Nueva España, al tiempo que las lluvias equinociales, que duran meses enteros, hacian, si no impracticables, sumamente difíciles las operaciones militares. Emprendiéronse estas contra Cartagena, depósito general de todo el comercio de América con la metrópoli: pero la plaza estaba protegida por muchos fuertes, y defendíala el bravo don Sebastian de Eslaba, virey de Nueva Granada, que supo comunicar su ardor á toda la guarnicion. Tales eran los medios de defensa, que como dice un historiador inglés, «hubiera podido resistir con ellos á un ejército de cuarenta mil hombres (2).» Atacaron los ingleses con arrojo, y lograron apoderarse de algunos fuertes avanzados á bastante distancia de la plaza, y alentados con esto y desembarcando nuevas tropas, pusieron sus baterías contra el fuerte de San Lorenzo que dominaba la ciudad, y con cuya pronta rendicion ya se lisonjaban.

Tanto envanecieron al almirante Vernon aquellos pequeños triunfos, que despachó pliegos á Inglaterra anunciando que pronto sería dueño de la plaza. Esta noticia se celebró con extraordinario júbilo en Londres; parecióles ya á los ingleses que estaban cerca de acabar con el imperio español en América; en su entusiasmo acuñaron una medalla, que representaba por un lado á Cartagena, por el otro el busto de Vernon, con inscripciones alegóricas al ilustre vengador del honor nacional. Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Vernon intentó un asalto al fuerte de San Lázaro, al cual destinó

(2) Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, cap. 44.

## CAPITULO XXI

Ejércitos de los tres Borbones en Italia.—Los hermanos Cárlos y Felipe

DE 1738 Á 1745

Matrimonio de Cárlos de Nápoles.—Recibe la investidura del papa.—Matrimonio del infante don Felipe.—Muerte del emperador Cárlos VI de Alemania.—Cuestion de sucesion.—Prendientes á la corona imperial.—Derechos que alegaba España.—Alianzas de potencias.—Guerras de sucesion al Imperio.—María Teresa.—Designios y planes de los monarcas españoles.—Expedicion española á Italia.—El duque de Montemar.—El ministro Campillo.—Va otra escuadra española á Italia.—Causas de malograrse la empresa.—Guerra de Austria.—Viaje del infante de España don Felipe.—Causas de su detencion en Francia.—El cardenal Fleury.—Triste situacion del ejército de Montemar.—En Polonia, en Benden, en Rímini, en Foligno.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Cárlos es forzado á guardar neutralidad.—Retirada de las tropas napolitanas.—Separacion y destierro de los generales Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.—Alianza de Austria, Inglaterra y Cerdeña contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau entre España y Francia.—Muerte de Fleury.—Actitud resuelta del gobierno francés.—Expedicion marítima contra Inglaterra.—Se malogra.—Gran combate naval entre la escuadra inglesa, la francesa y española reunidas.—Rompe el rey de Nápoles la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el mediodía y en el norte de Italia.—Los dos príncipes españoles, Cárlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército.—Apuro de Cárlos en Veletri.—Vuelve triunfante á Nápoles.—Cruza Felipe los Alpes y penetra en el Piamonte.—Conflicto en que pone al rey de Cerdeña.—Sitio de Coni.—Vuelve á franquear los Alpes cubiertos de nieve, y se retira al Delfinado.

Ni el negocio tan grave de la guerra con la Gran Bretaña, ni los interiores de su propio reino, de que habremos de dar cuenta en otro lugar, habían bastado á apartar de Italia la vista de Felipe V y menos la de la reina Isabel, que con el pensamiento siempre fijo en aquellas regiones, despues de haber logrado en ellas un vasto reino para el primero de sus hijos, no desistia ni descansaba hasta ver si hacia señor de algunos de aquellos Estados á don Felipe, su hijo segundo.

Fué uno de sus primeros cuidados la eleccion de esposa para el rey de Nápoles. Pensóse primero en una archiduquesa de Austria, con objeto de evitar por este medio ulteriores disturbios con el emperador; mas como este hubiera casado á su primogénita y heredera María Teresa con el duque Francisco de Lorena, ya gran duque de Toscana, no quería dar á su hermana un rival á la monarquía. Pensóse luego en la princesa María Amalia de Sajonia, hija del Elector Augusto III, rey ya de Polonia y sobrino del emperador. Encargóse la negociacion de este enlace al conde de Fuencara, embajador de España en Viena, el cual desempeñó su comision cumplida y felizmente. Concertadas las bodas con satisfaccion de los interesados y celebradas por poder en Dresde (9 de mayo, 1738), la nueva reina de Nápoles se puso en camino y tuvo el placer de verse objeto de agasajos y festejos en todas las ciudades de los Estados italianos por donde pasó, siendo el pontífice uno de los que se distinguieron, enviando doce cardenales á cumplimentarla. Esperábase con lucida comitiva el rey Cárlos á la frontera de su reino, y reunidos los dos esposos hicieron su entrada pública y solemne en la capital (3 de julio, 1738), siendo recibidos por aquellos habitantes, con una alegría tan extremada como natural, al ver que tenían en su seno reyes propios, despues de tan largo tiempo como habían estado sometidos al gobierno de vireyes, ya españoles, ya alemanes.

Otra satisfaccion había gozado el rey Cárlos por aquellos mismos dias. El pontífice, no obstante las disidencias que entre los dos habían mediado, á instancias de Felipe de España resolvió darle la investidura del reino, que firmaron todos los cardenales, y recibió en su nombre el cardenal Aquaviva; bien que no faltó en ella la condicion acostumbrada de que ningún rey de Nápoles pudiera ser emperador (12 de marzo, 1738). Hízose entonces con gran ceremonia la presentacion de la hacanea, que había sido objeto de tantas disputas, y el papa dió orden al nuncio, monseñor Simonetti, que se hallaba retirado en Nola, para que volviese á Nápoles y ejerciese las funciones de su cargo. El príncipe español tomó el nombre de

mil doscientos hombres escogidos; pero casi todos fueron víctimas de su mal dirigido arrojo; una salida de los españoles del castillo acabó con los pocos que quedaban. Este revés aumentó el desacuerdo que ya había entre Vernon y el general de las tropas Wentworth: las continuadas lluvias habían desarrollado una epidemia mortífera, y en muy poco tiempo las tropas inglesas se hallaban reducidas á la mitad. Fuéles preciso abandonar la empresa, destruyeron las fortificaciones que habían tomado, y se retiraron á la Jamaica. Cuando la nueva de este desastre llegó á Londres, causó tanta tristeza y tanta indignacion como había sido el transporte de alegría á que anticipadamente se había entregado el pueblo. Todo era entonces acusaciones contra el ministerio que había aconsejado la guerra, como lo habían sido antes contra el ministerio que estuvo por la paz.

El comodoro Anson, que con muchas dificultades y trabajos había logrado doblar el cabo de Hornos, la isla de Juan Fernandez y la costa de Chile, cuyos habitantes puso en consternacion, pudo apoderarse de la ciudad de Payta, que por espacio de tres dias entregó al saqueo y á las llamas. Despues, tomando rumbo hácia Panamá, en busca de aquellos ricos bajeles que conducian á España los tesoros de las Indias, tras infinitas fatigas y penalidades que sufrió en su larga navegacion, consiguió al fin dar caza al galeon español *Nuestra Señora de Covadonga*, le atacó con brio, y le apresó con toda su riqueza, que se valuó en trescientas trece mil libras esterlinas, la mas rica, dice un escritor inglés, de cuantas presas han entrado en los puertos británicos, pero tambien la única pérdida importante que sufrió entonces España. Otras tentativas de los ingleses en las costas del Nuevo Mundo no dieron resultado alguno lisonjero para aquella nacion, bien lo causaran las discordias entre sus jefes y la intemperie del clima, bien las oportunas precauciones de los españoles y las medidas acertadas del gobierno.

Buscando el almirante Vernon alguna manera de reparar el desastre y el descrédito sufridos delante de Cartagena, con el resto de sus naves y de sus extenuadas tropas, y con un cuerpo de mil negros que sacó de la Jamaica, concibió el pensamiento de apoderarse de la isla de Cuba, y con este designio se dirigió á la Antilla española. Mas no tardó en convenirse, despues de algunas tentativas inútiles, de que no alcanzaban sus fuerzas para ello. Celebróse consejo de guerra, y Vernon, con harta pena suya, tuvo que someterse á la decision de los oficiales de retirarse con la pérdida de mil ochocientos hombres que había sufrido: con lo cual pudieron darse por destruidos aquel ejército y aquella escuadra que cuando salió de los puertos británicos dejó al pueblo inglés gozándose en la esperanza de arrancar á los españoles la dominacion de América. Al regresar Vernon á Inglaterra no llevaba sino unas pocas naves y algunas tropas desfallecidas. Aumentó con esto el descontento público, y en todas partes se emitian sin rebozo quejas contra el gobierno.

Tal fué el resultado de estas guerras marítimas entre Inglaterra y España. Un escritor contemporáneo de aquella nacion (1) hizo un cálculo de que resultaba haberse sacrificado por lo menos veinte mil hombres en aquellas desgraciadas empresas, y otro escritor (2) supone haber sido capturados por los españoles, en todo el tiempo que aquella duró, hasta cuatrocientos siete bajeles ingleses (3).

(1) Tindal, vol. XX.

(2) Marlés, continuacion de la Historia de Inglaterra de Lingard, capítulo 56.

(3) Desormeaux, tom. V.—Tindal, vol. XX.—Noticias secretas de América.—Memorias de Walpole.—Rousset y Postlethwayte. Diccionario comercial. América española. Compañía del mar del Sur.—Campbell, Vidas de los Almirantes.

Cárlos VII, como el sétimo de los de su nombre que habian ocupado el trono de las Dos Sicilias (1).

Pero al mismo tiempo Felipe V hacia reforzar las plazas de Porto-Ercole, Orbitello y otras de la costa de Italia; cosa que no dejó de poner en recelo al emperador y á otros soberanos, suponiendo en la reina de España, en cuyas manos sabian estaban los resortes del gobierno de la monarquía, proyectos ulteriores sobre los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, para su hijo Felipe. Negociábase ya entonces el matrimonio de este príncipe con Luisa Isabel, primogénita de Luis XV de Francia; matrimonio que se llevó á efecto al año siguiente, celebrándose los desposorios en Paris (26 de agosto, 1739); la princesa fué traída á España de allí á dos meses (2).

Aunque Felipe V, instado por las potencias, y muy principalmente por el rey su sobrino, con quien acababa de concertar este nuevo lazo de union, se adhirió por fin en julio de este año (1739) al tratado de Viena, que parecia remover ya todo género de disputa y hostilidad con el emperador, la reina no abandonaba su antiguo propósito. Y como la salud de Felipe volviera á debilitarse, y su melancolía le inspirara de nuevo el deseo de apartarse de los negocios y de abdicar la corona en el príncipe de Asturias, hacia la reina todo género de esfuerzos para distraerle de este pensamiento, por temor de que subiendo Fernando al trono no pudiera intervenir en los negocios ni realizar sus planes. Algo los contrarió la muerte del papa Clemente XII (6 de febrero, 1740), con cuyo apoyo contaba; y Próspero Lambertini, que le sucedió con el nombre de Benito XIV, no era hombre dado á meterse en negocios mundanos, y de él no se prometia que quisiera entrar en sus designios. Sin embargo, aquella reina ambiciosa y diestra procuraba ganar por mil medios á los ministros de las naciones de quienes calculaba podian prestarle mas apoyo, bien que con tal disimulo que no solian penetrar su intencion los políticos mas hábiles; y acaso en el enlace de su hijo con la princesa de Francia llevó ya la de empeñar á aquel soberano á que le ayudara en su empresa.

Cuando Isabel Farnesio revolvía en su ánimo este pensamiento que tanto la preocupaba, aconteció la muerte del emperador Cárlos VI (20 de octubre, 1740); extinguiéndose con él la línea varonil de la casa de Austria, que habia estado mas de trescientos años dando emperadores á Alemania. Este acontecimiento que se suponía habia de causar una conmoción general y grandes alteraciones en Europa, ofreció á la reina de España una lisonjera perspectiva para la realizacion del proyecto que tanto halagaba su ambicion. De contado desaparecia el mayor obstáculo que para ello habia encontrado siempre; y mucho esperaba tambien de la confusion que empezaron luego á producir las pretensiones de los muchos príncipes que aspiraban á ocupar el trono imperial vacante. Que aunque casi todas las potencias se habian comprometido por tratados solemnes á respetar la pragmática-sancion en que Cárlos VI habia arreglado la sucesion de su corona, y en su virtud era indisputable el derecho de su hija mayor María Teresa, reina de Hungría y gran duquesa de Toscana, los príncipes que se creían con derecho á aquel trono mostráronse desde luego poco dispuestos á respetar el compromiso escrito y sí á aprovecharse del mal estado en que Cárlos á su muerte habia dejado el imperio, exhausto el tesoro, y con un ejército corto y enflaquecido á causa de sus desgraciadas campañas con el turco, que le habian obligado á suscribir á una paz desventajosa.

Entre los pretendientes á la corona imperial se contaban el Elector de Baviera, único que no habia firmado la pragmática-sancion, el Palatino, el rey de Polonia, el de Prusia, el de Francia y el de España. Derivaba Felipe V sus derechos á los Estados de Austria de los convenios de familia celebrados entre el emperador Cárlos V y su hermano Fernando, segun los cuales la posesion de aquellos Estados era revertible á la raza primogénita en el caso de extincion de la línea masculina, y en este sentido mandó al conde de Montijo, embajador

(1) Beccatini, Vida de Cárlos III, libro II.

(2) Los padres de Felipe salieron á recibirla á Alcalá y entró en Madrid el 27 de octubre. Tenia entonces la princesa solos doce años.

á la sazón en Viena, hacer una protesta que se presentó tambien á la Dieta germánica. Pretendia además tener derechos á los reinos de Hungría y de Bohemia, como descendiente de varias princesas austriacas que se habian casado con reyes de España (3). El rey de Polonia, elector de Sajonia, sobrino del emperador difunto y suegro del rey de Nápoles, era el que podia haber disputado sus derechos mejor que otro alguno, pero conocia que habia de tener contra sí todas las potencias de Europa, interesadas en impedir la reunion de tantos y tan poderosos Estados en un solo príncipe: así, mas adelante se decidió por ser aliado en vez de enemigo de María Teresa. Igual conviccion tenia Felipe V de España, que por otra parte se hallaba todavía en guerra contra los ingleses; pero conveníale presentar sus pretensiones para distraer y ocupar á los demás príncipes, y con el propósito de aprovecharse de aquella confusion para ver de hacer un reino en Italia á su hijo Felipe. Y lo que hizo fué apoyar secretamente, de acuerdo con Francia, la pretension del de Baviera, en tanto que provocaba un rompimiento que debilitara y distrajera el poder del Austria. No tardaron en verse cumplidos sus deseos.

Anticipóse á todos en sustituir el empleo de las armas al de las protestas, memorias y manifiestos que hasta entonces se habian cruzado, el rey de Prusia ocupando con veinte mil hombres la Silesia. Obligó esta invasion á María Teresa de Austria á retirar una gran parte de sus tropas del Milanesado. Buena ocasion para los reyes de España que tenian puestas sus miras sobre Milan; pero ocultando mañosamente estos designios, acertaron á comprometer con halagüeñas promesas al mismo rey de Cerdeña Cárlos Manuel, á que entrara en una confederacion con Francia, España, Prusia y el Elector de Baviera contra María Teresa de Austria (18 de mayo, 1741). El plan que los monarcas españoles adoptaron para llevar la guerra á Italia, habia sido trazado por el duque de Montemar, que habia de ser tambien el encargado de su ejecucion; y venia bien para este objeto la fortificacion de algunas plazas de la costa italiana que hacia años se habia dispuesto hiciese el rey de Nápoles. Preparóse, pues, un ejército y una escuadra española que habia de pasar á Italia, sin desatender por otra parte á lo de América que se defendia contra los ingleses. El duque de Montemar salió de Madrid para Barcelona (9 de octubre, 1741), de donde habia de partir la expedicion. Pero allí recibió orden del rey para que ejecutara un nuevo plan de campaña que le enviaba, enteramente opuesto al que él habia propuesto y habia sido aprobado. Aunque comprendió el ilustre general que el nuevo plan era de todo punto inconveniente, que de seguirle se iba á desgraciar la empresa y á perder él su propia reputacion, y que el rey habia sido sorprendido y engañado por alguno de sus émulos, fué, sin embargo, preciso obedecer. El plan era, en efecto, del ministro don José del Campillo, que acababa de reemplazar al marqués de Villarias, y habia sido encargado de los departamentos de Marina, Hacienda y Guerra. Este ministro, envidioso sin duda de las glorias del de Montemar, no dió cuenta al rey de tres representaciones que le dirigió haciéndole ver los inconvenientes del nuevo plan, así como la falta completa en que se veía de dinero y de provisiones para su tropa. Nada fué oído, y se le repitieron órdenes expresas para que acelerara la partida.

Partió pues la escuadra de Barcelona (4 de noviembre, 1741), con diez y nueve batallones y muy poca caballería, y al día siguiente emprendió Montemar su viaje por tierra; el 11 de diciembre llegó á Orbitello, punto designado por el ministro para la reunion de los ejércitos de España y Nápoles, y donde ya encontró algunas embarcaciones, que merced á la proteccion de una flota francesa que habia partido de Tolon con este fin, no fueron apresadas por la escuadra inglesa de Had-dock, que habia ido dándoles caza, dispersas las otras por los vientos y detenidas en las costas de Francia y Génova. La escasa caballería que iba habia padecido mucho en la embarcacion, y su jefe, don Jaime de Silva, tuvo que buscar dinero

(3) Felipe V hacia descender su derecho de la reina doña Mariana de Austria, hija de Maximiliano II, cuarta mujer de Felipe II, y madre de Felipe III.

sobre su palabra para mantenerla. La infantería, alojada en cuarteles húmedos y estrechos, contrajo muchas enfermedades, siendo lo peor que no habia medio de prestarles los necesarios socorros, y que esto producía desánimo y desercion en las tropas. De modo que se malograron los principios de una campaña que hubiera podido dar felices resultados á haberse seguido el plan de Montemar; de todo lo cual se culpaba al ministro Campillo, á quien se suponía la siniestra intencion de desacreditar aquel general ilustre, y hacerle caer de la gracia del rey, sin mirar los daños que con su envidiosa conducta podia causar á su patria (1).

Todos los elementos con que se habia contado para esta empresa se habian presentado favorables, y todo concurrió despues á malograrla. Libre el paso para las tropas españolas por la república de Génova, á las napolitanas por el territorio pontificio, pudo en poco tiempo llevarse un ejército poderoso al corazon de Italia. El rey de Cerdeña no era entonces hostil; Francia prometia la neutralidad de Toscana; un ejército francés á las órdenes del infante don Felipe debia pasar á Italia; los austriacos, acometidos en el Norte por prusianos y franceses, apenas tenian en Milan la gente necesaria para las guarniciones. Con actividad y buena direccion hubiera podido el de Montemar apoderarse brevemente del Milanesado. Pero todo fué lentitud y desconcierto. Para moverse Montemar de Orbitello tuvo que escribir al cardenal Aquaviva que con toda diligencia le buscase algun dinero con que poderse poner en marcha, y con mucho trabajo pudo el cardenal proporcionarle diez y ocho mil pesos que le remitió. Las tropas que se embarcaron en el segundo convoy que partió de Barcelona (13 de enero, 1742) en diez y ocho navíos al mando de don José Navarro, no iban mejor abastecidas que las primeras; apenas llevaban lo absolutamente indispensable para su manutencion; además una borrasca esparció las naves, las obligó á abrigarse en las islas de Hieres, y despues á dar fondo en el puerto de la Spezzia. Allí tuvieron que detenerse las tropas cerca de un mes por falta de provisiones, sin poderse juntar con las de Montemar y las de Nápoles que se habian trasladado á Pésaro, y sin poder concurrir don Jaime de Silva con su caballería, aun no bien restablecida en Génova de sus padecimientos. Estas dilaciones dieron lugar á que el rey de Cerdeña se apercebiera de los proyectos de la corte de España sobre el Milanesado, y á que aprovechándose de la mediacion de Inglaterra hiciera un arreglo con María Teresa de Austria para evitar el establecimiento de los españoles en Lombardia, único modo de preservar sus Estados. Aquel astuto monarca sorprendió á las cortes de Madrid y Paris, á las cuales habia estado entreteniéndolo, cuando publicó su alianza con la de Austria y sus pretensiones al Milanesado, y puso en movimiento sus tropas para impedir que avanzaran las españolas.

Por el contrario, los negocios de Austria al principio tan desfavorables á la emperatriz María Teresa, habian tomado un rumbo próspero. Aquella princesa, que, perdida la Silesia, la Bohemia, toda el Austria superior y parte de la Moravia, y apurada por los prusianos, bávaros y franceses, se habia visto precisada á abandonar la capital del imperio y á retirarse á Presbourg, se entregó á la confianza de sus húngaros, les presentó su hijo el archiduque vestido al uso del país, imploró su auxilio, los interesó, movió sus corazones, y aquel pueblo hidalgo se levantó en masa, incluidas las mujeres, en defensa de su reina; formáronse como por encanto numerosos cuerpos de ejército, y en medio de la estacion mas cruda se arrojaron intrépidos sobre los franceses; los arrojaron del Austria superior, los encerraron en la plaza de Lintz, los rindieron en ella, la emperatriz pudo restituirse á Viena, y tras ella mas de cuarenta mil almas que por miedo se habian salido, y quedó desembarazada para enviar á Italia un cuerpo considerable de tropas, que ocupó una parte del territorio de Módena antes de la llegada de los españoles.

(1) Los escritores españoles de aquel tiempo están conformes en atribuir estos designios á Campillo; y el autor de las Memorias políticas, cuyos interesantes anales de este año y el siguiente hubo la fortuna de encontrar, prorrumpe con este motivo en fuertes y muy sentidas exclamaciones.

Noticiosa la corte de Madrid de estos sucesos, apresuró el viaje del infante don Felipe á Italia, que estaba premeditado, habiendo ofrecido la Francia veinte mil hombres de sus tropas que se habian de reunir al infante español para hacer frente á los austro-sardos en Lombardia. Nombráronse los jefes de la casa del príncipe, y diósele por ministro al marqués de la Ensenada: acompañábale un cuerpo de ciento cincuenta guardias de corps. Pero el cardenal de Fleury, que siempre habia mostrado poco interés por las cosas de España, atendió mas á reforzar el ejército de Bohemia, mandando pasar allá el que estaba en Westfalia para contener en sus victorias á los húngaros y austriacos. Y cuando el infante español llegó al puerto de Antibes, no solo no se le juntaron las tropas prometidas, sino que ni permitió el cardenal que las escuadras española y francesa que estaban en Tolon favoreciesen el transporte del infante á Italia, como hubieran podido hacerlo unidas, contrarestando la armada inglesa que estaba á la vista de aquel puerto. Así se malogró la ocasion de ejecutar el intento y fin que la corte de España se habia propuesto con la precipitada marcha del infante don Felipe.

Aunque el marqués de Castelar, que mandaba las tropas españolas del segundo convoy, habia logrado incorporarse con las de Montemar en Pésaro, donde estaban tambien las de Nápoles, capitaneadas por Castropignano, habia sido tal y tan escandalosa la desercion, que el ejército aliado se hallaba reducido á la cuarta parte. Sin embargo, apurado Montemar por las órdenes apremiantes del ministro Campillo, y animado con la esperanza que este le daba de que pronto llegaría con una fuerte division el infante don Felipe, movió su campo y llegó hasta las puertas de Bolonia, donde á pesar de su vigilancia y la de los demás jefes se le desertaron mas de tres mil hombres, sin que pudiera saberse su paradero, porque los boloñeses, enemigos de la casa de Borbon, los ocultaban y encubrian (mayo, 1742). Nunca se habia visto desercion igual en las tropas españolas; no habia disciplina en las napolitanas: contagiábanse y se viciaban mutuamente unos á otros, y todo era robos, saqueos y desórdenes. El rey de Cerdeña, ya aliado de Austria, y el general alemán Traun, cada uno con poderoso ejército, se venian encima de los españoles; y para que todo fuese fatal y adverso, el duque de Módena, que por un tratado con el rey de España debia asistir á Montemar con siete mil hombres y franquear una de las plazas fuertes de sus Estados para almacenes á eleccion del general español, poco á poco fué eludiendo el compromiso, resolviendo por último retirarse á Venecia. Era pues imposible en tal situacion atacar con éxito á los enemigos, y aun muy difícil estar á la defensiva. Y con todo eso, no cesaba el ministro Campillo de apretar con órdenes para que se diese la batalla, acusando al de Montemar de lento y tímido para precipitarle. Con tal motivo celebró el duque un consejo de oficiales generales, los cuales casi por unanimidad acordaron enviar al rey una representacion enérgica, exponiendo las gravísimas razones que tenian para no obedecer las órdenes del ministro (2).

En virtud de este acuerdo levantaron ambos ejércitos con la mayor precaucion el campo, y se encaminaron á Bendeno, no sin ser muy molestados en su marcha. Allí se fortificaron, y permanecieron por espacio de un mes, con la vana expectativa de que el infante don Felipe con el general Glimes se abriera paso por Génova, y acometiera las plazas de Lombardia, y distrajera por allí al enemigo. Pero las naves inglesas que bloqueaban á Tolon y vigilaban la costa no permitian el paso á ningun buque español ni francés; sin que el cardenal de Fleury se diera por sentido, ni se viera una sola disposicion suya para enfrenar la osadía de la escuadra británica, despues de haber dicho en son de amenaza hacia pocos meses que miraría la presencia de los navíos ingleses en aquellos mares como un rompimiento. Aquella política ambigua, irresoluta, incierta, del purpurado ministro francés, pero nunca favora-

(2) Esta notable representacion, que se hizo en el campo de Fuerte Urbano el 9 de junio de 1742, la firmaron los oficiales generales de ambos ejércitos español y napolitano. La inserta íntegra, con los nombres de todos los firmantes, don José de Campo-Raso en sus Memorias políticas.